Antología de J.R.Infante

Presentado por

Poemas del Alma

Dedicatoria

A los amantes de la poesía

Agradecimiento

A Poemas del Alma por dar esta oportunidad

Sobre el autor

José Rodríguez Infante, nace en Paymogo (Huelva) el 12/08/1951, escritor por afición, bloguero y autor de numerosas obras tanto en narrativa como en poesía. Colaborador de revistas y prensa diaria, donde tiene publicado algunos escritos.
Profesor E.G.B. Oposita a la Diputación de Sevilla y trabaja como administrativo en el Hospital de San Lázaro de Sevilla.
En literatura, tiene una extensa obra inédita (novela, poesía, cuento), fraguada a lo largo de toda una vida, puesto que siempre le gustó escribir. Tiene publicada las novelas ?Trece días? en Publicatuslibros.com, y ?Cuando los bosques mueren? en la editorial Amarante. De igual manera ha publicado los libros de relatos ?A la sombra de la Encina Gorda? en la Sociedad Pagos de la Sierra y ?Una parada obligatoria? en la editorial Círculo Rojo.

índice

Hoy

Oscuridad repetida

Como un susurro

Fue la lluvia

Porque es preciso

Despuntaba

Del árbol

Si las arenas del reoj

Fue tu mirada

Tan solo hace tres poemas

No quiero lanzar al mundo

Anoche

Si algún día

Mañana

Vivimos

¡Ay de los quince años!

Apretar un nombre de mujer

Siempre encuentro

En tu incipiente calva

Al principio fue Platón

Mantengo

Yo le pregunto al camino

Que no se pierda esa flor

Porque un día llamó

Se bien

Cruz plateada

Imaginarte

Por un instanrte

Presa en su recipiente

Amaneciste sin fe

Sólo busco

Doscientas cuartillas

Yo tuve un amor azul

Hoy ha tenido lugar

Comienzo de la historia

Tortuosas ruedas

Y mientras tanto

Efímera figura ramificada

Anocheciste llorando

Te confieso

Dos límites y un logaritmo

En la solitaria calle

Alguna vez

Mea culpa

Cuando la luz no entre

Hay un ángel

Retrato con principio y fin

Quiso el destino

Dejé crotoreo

Segundo encuentro

Cuatro vidas

Quiero convertir mi pluma

Treinta quejidos

Cuántos muros

Chalchiuilt

Descripción

Porque de mi boca

Aunque mi amor no traspase

¿Qué tendrá que duele tanto?

Yo quise estar cerca

Un hombre de carne y hueso

Piedra sobre piedra

La Sepultura

Poeta, poesía, poemario

He visto a un pueblo fundido

El pozo Sastre

Noveles

Hay una acequia

Guijarro Blanco

Aquellos copos

Tu que todo lo iluminas

Corzos huidizos

Allí dónde el huerto florece

Rivera de San Nicolau

Caballo blanco

Por Piedra Hincada

¡LLuvia!

Como aquella mística agua

Encina Gorda

Lluvia II

¡Ahí está Vielha!

Atalayuela

Lebretta

Baqueira Beret

Ditirambo

Al Centenillo

Quedó sin pétalos la rosa

Consejo a un poema

Desde el momento

No vi tu blanca mirada

Será el fragor del arroyo

Prisioneros

Dejé que el águila

Oscuridad repetida

He recorrido

Hubo un ilustre

Dicen de tí

Hay un Reino

¡Sraac-sraac!

Yo he visto

Suenan los chanclas

Hoy

Hoy
junto a la GRAN ventana,
donde el agua c
a
e,
vuelve de nuevo
a fluir
tinta, por mis c i sentidos.
n
c o
Siempre he sabido
que este día existía,
que este momento inmarcesible,
había de alzarse
como corcho de espumoso vino,
ex pri mien do su poético aroma,
por las 32 puntas
de la Rosa.
El silbo
solicita entrar por la cristalera
para estrecharme eufórico
por la buena nueva. Yo,
apenas le dejo una rendija,
para entreoír mejor su
me lo dio so ron ron neo.
Una t e
l e,
enemiga mortal de la pluma,
lanza imágenes a través de
un muro, pretendiendo infi
ltr
arse
por mis poros,

situados en alerta roja. Al ter nan tes
ataques de querubines
sin difícilmente rechazados.
Las sombras del atardecer
e x t i e n d e n
su mágica placidez
y las primeras luces artificiales,
comienzan a distinguirse
a través de los visillos.
Las máquinas rodantes continúan
incansables
quemando combustible
y un niño con impermeable verde
cha po te a a lo lejos envuelto
en DESCOMUNAL pompa de jabón.
Mi inte
  roir
esa parte, que se sabe que está,
porta las galas adecuadas,
para momento tan sublime
  e
  g
  r
y e
  m
  e
timido
intentando hacer frente
a la realidad.

Oscuridad repetida

Oscuridad repetida por la
ausencia
que transborda de galaxia.
Lujosos libros forman un muro
donde generaciones carcomidas
clavan sus uñas.
Desesperación
por míseros granos de arena,
cuerpos desnudos de maniquís
que dejan al descubierto
los vacíos interglaciares.
No es mi mundo.
Manzana primigenia reconvertida
en dulce compota
por el resorte de una muñeca.
Amor ¿dónde estás? En que jaula
de metacrilato te destinaron
que no puedo tocarte.
Mi mano
no es tu mano. Lloro tras
poseerte, busco en mis bolsillos
agujereados
y sigo ahí. No me he movido
Veo la salida. La luz de
la salvación,
pero el lodo me está tragando,
se acabarán los granos de arena,
y quedaré pegado en el álbum
con el gesto descolorido

Como un susurro

Como un susurro
de brizna azul
llega tenue a mis sentidos
tu majestuosa voz.
Busca sitio en mi huesudo armazón,
se codea con cualquier leucocito
y lo inunda todo.
Si alguna sombra me oculta
o si la neurona de guardia dejó
de pensar en ti,
la primera sílaba que surge
de tu garganta, voltea,
supera el eclipse lunar.
Ondas hertzianas que sin saberlo
llevan impreso tu nombre, me
acarician el tímpano y
dejan unos gramos de plumón
flotando en el ambiente.
Un día quemaba malas ideas,
los músculos no respondían,
saltó la chicharra
y se inundaron mis poros
del canto angelical ?bálsamo inesperado?
que se grabó en el disco duro
fortaleciendo
la fe en un mañana
de despertar
diferente
bajo un aire estepeño
con el móvil fuera de cobertura.

Fue la lluvia

Fue la lluvia
motivo de poemas...
at
ahora atestigua la l
vue
de la musa dormida.

El e s p a c i o útil habitable
ha cambiado,
más cerca del cielo
el hombre se ve distinto
¿o será el paso del tiempo?
vi
y los a on semejan
es
a veces
GORDAS moscas,
que pretenden engullirse
la miel de la estantería.
La escarcha nocturna
comienza a hacerse perenne
como fiel reflejo
de la juventud perdida.
El transparente cristal
interpone su _____
manto
entre la realidad
y la fantasía de los hechos.
Mecánicos artilugios
ayudan inexorables
a la perfecta digestión.
Más, la musa,
continúa inerte

br
deseosa de a sus
ir
blancas a a
l s
y volar...
Llegar a la nube en
forma de arpa para
entonar
cántigos profundos;
inmortales notas que quedarán
perfiladas
en la E N O R M I D A D del espacio,
donde tan sólo los ojos
del poeta
lograrán distinguirlas
entre la gran maraña de notas
inmundas, que tratan de derribarlas
como muñecos de feria.
La escarcha,
el cristal
y los artilugios
seguirán dando siniestros zarpazos.
Pero tú, musa querida,
serás más fuerte
y caminarás
victoriosa
con laureada corona
sobre tu sien.

Porque es preciso

Porque es preciso mantener
la llama,
ha de vencerse su fiereza.
Devoran
cuanto encuentran a su paso.
Caen
incesantes las hojas
y clavan dentelladas mortales
mientas sonreímos indefensos.
Los besos duermen
el letargo de la enorme
velocidad de partida.
Amarillea
el candil y un día
nos damos cuenta
que los versos son sólo líneas,
frases.
El cúmulo de horas
nos estrangula las venas;
recuperar las caricias
se convierte en cruzada
contra el fiel deslizamiento
de las arenas del
reloj.
Si se agotara la llama
¿qué sería de nuestros antepasados?
De aquellos
que ocuparan versos de amor
eterno
en la primera fila
de la lista de los principales.
Aunque no haya ojos que reflejen
y los bellos no se ericen

al contacto de la piel,
                saludemos
la presencia del fuego interno
que surge semiesporádico
para evitar víctimas
por congelación.

Despuntaba

Despuntaba el canto del mirlo
mientras yo me hallaba preso
de tus sonrosados labios,
era la brisa marina,
viajera tierra adentro,
la que aliviaba el sopor
de una noche de torso desnudo
y tú seguías ahí, enmudecida,
apretando tu mano contra la mía.
Charles Chaplin miraba
por el ojo de la cerradura,
de repente un martilleo
-sonido de latón concentrado
en una esfera ?
me deja tragando moscas
y oliendo a pelo de gato.
¿Dónde estoy?
¿Soy aquel o éste?.
¿Tengo que pisar tierra firme
o continuar navegando
por recónditos océanos?.
¿Porqué a las sieteimedia
he de contar sobres descafeinados
hoy que ejerzo de
Peter Pam y no de Capitán Garfio?
Con mi mano, la apretada,
palpo el borde de mis labios
-sabor a corcho -,
luces y sombras se pelean
por el dominio de la estancia.

Del árbol

Del árbol
n
o
r
e
i
g
r
u
s ramas
verdes y cartilaginosas.
Encandilaron mi mente
y atrofiaron las
horas tristes.
Las noches y los días
sumaban secuencias
de sección continua y
mis ojos sólo veían en
una dirección.
Las ramas CrecirErOn
vigorosas y cada instante
que pasaba
buscaban el Sol
con más libertad. Las horas
dejaron de sobrepasar
los sesenta minutos
y el reencuentro con la
pluma, se hizo
inexcusable.
Dos r a m a s más
tiene mi árbol
y hasta llegado ese momento
no he sabido lo

que significa
ser portador de la savia elaborada.
Daba igual que floreciera
como el más frondoso
del bosque.
Cuando mis oídos se LLENARON
de vocecillas verdes brillantes;
cuando mis brazos sirvieron
de improvisado c pio...
olum
Una linterna de minero
fue abriendo camino
por las intrincadas galerías
de mi ser.
Dos r a m a s,
dos dispares r a m a s,
que me hacen fortalecer
las raíces
y aspirar gas carbónico
con ansias infinitas. Un día
oí hablar
y sonaron lejanas campanas
inaudibles.
Las sucesivas ca
i
d
a
s
de la hoja
me ayudaron a percibir
el metálico sonido.
Tú, lluvia
de los tiempos,
aguja frágil de temporada...
Riega abundante
mis entrañas

y permite cubrir de verde
esas maleables r a m a s
de las que ya
he comenzado
a hablar.

Si las arenas del reoj

Si las arenas del reloj
fuesen de distinto calibre
podría dar cobijo
-en mi tiempo -
a más besos de primavera.
Si el corazón que grabaste
fuese sobre fondo de roble
en lugar de espigado eucalipto
aún podríamos admirarlo.
Si la llave de mi carne
cayó en oscuro laberinto
¿a qué cerrajero de guardia
podremos pedir ayuda?.
He de taparme la boca.
No quiero seguir devorando
ansias de amar
sin sentido.
Aunque los labios no quemen.
Aunque los ojos no brillen,
Aunque la desnudez sea natural,
no puede ser espejismo. No cogí
las arenas del tórrido desierto
sino de una inmensa playa
-casi dormida-
que jugaba
con el dios Sol a construir
globos aerostáticos.

Fue tu mirada

Fue tu mirada verdeoliva
imán que subyugó multitudes,
que doblegó mi férreo torso.
Luciérnagas de noche sin estrellas,
de saco de dormir pegado al suelo.
A través de ellos llegué
a adentrarme
en los secretos de la colmena,
de una rosca sin fin.
Ante ellos me siento
tan de este mundo
que quiero beber a sorbo lento,
creer en el día de la ardilla
y leer en el iris tu
diario de a bordo.
Entre lámparas siempre ocultas
encontré el neón de tus ojos,
lo tengo frente a mí, se disipa,
brilla con toda intensidad.
Lo veo
vagando por entre muros de vergüenza.
Verdeoliva
como la tarde que dibuja en el horizonte
la figura de una dama
saltando entre algodones,
mano abierta, tull de seda,
extiendo la mía,
alargo al límite la tercera falange
y vuelvo a tus ojos.

Tan solo hace tres poemas

Tan
sólo hace tres poemas
que reavivé
el rescoldo de aquel fuego
y he tenido que abrir la ventana
sediento de aire.
El griterío
y un sin fin
de tubos de escape
engulleron la lluvia,
como esponjas de desorbitados POROS.
Por jardines y plazas públicas
precursores pétalos
rompen la monocromía
del verde,
y los receptores de radio
multiplican los minutos dedicados
al folklore en compás de tres por cuatro.
Mientras tanto
sigo inmerso
en los tentáculos
inflexibles de la MUSA.
Tan sólo me deja libre
un brazo para escribir
y una ténue iluminaria
en algún lóbulo perdido
de mi cerebro.
Se agolpan las IDEAS
en desesperada lucha
con multitud de lecciones
a medio digerir.
Cada frase
cada palabra

ha de pasar
por el tamiz, antigua ventanilla,
para que algún amigo
atentamente
le estampe el sello del VºBº
¿Y esto será poesía?
¿estas caprichosas líneas
formaran versos?.
Al final de la tarde
dudo...
Si estaré degustando cada instante
la finura de un rubio licor
o la amargura de un desconocido veneno.
Poetas
y poesía
pululan por mi alrededor
como gráciles mariposas
llamativas e inquietas.
¡MUSA! . Acude en mi ayuda
y sácame de este abismo
donde
no se si me hallo.

No quiero lanzar al mundo

No quiero lanzar al mundo
pasquines de besos perdidos.
A pesar de que el mercurio
ha abierto hueco en el termómetro,
mis cabellos de ceniza
conversan con el aire de la noche .
No quiero profanar intimidades
con caricias que un día fueron.
Mármoles blancos, sostienen
miembros carcomidos de impaciencia,
defenestrados,
aburridos de flexionarse.
No quiero seguir el sendero
circular, caer en la triangulación,
o dejar a mi dedo anular
sumido en la desesperanza.
Quiero
ser una voz mientras
haya un oído cercano,
un músculo que rompa fibras,
una lengua inarticulada,
unos ojos que no resistan
el fuego.
Quiero ser hierro candente,
celebrar el impacto del martillo
en la fragua de los besos
y levantar mi copa floreada
por la victoria
del último romántico.

Anoche

Anoche mientras sobrevolabas
tu Atlántico
tenía mi mente puesta
en el siete de julio.
No me tembló el pulso,
no se me agrietó la voz,
en algún desconocido archivo temporal
fue alojada esa imagen sonora
que llevo pegada en la frente
con un post-it amarillo
infinitesimal.
Blancos azulejos, dieciséis por dieciséis,
amoldaron el testimonio hasta
que el insigne operario entró
con la pertinaz machota.
Yo estaba pensando en Eros,
tu mente cabalgaba junto a Philos,
hemos cambiado de siglo
y no consigo despegarme
esa franja horaria que
nos separa.
¡Ay de los quince años!
-tinta derramada otrora-
aún bulle,
aún galopa brioso el corcel blanco,
rescoldo a la espera de viento,
manantial que busca el río.
Yo también cruzo la mar
y permanezco en silencio.

Si algún día

Si algún día
los hombres caminasen
con una sola pierna
EL
utilizaría los brazos.
Si se comiera
sin masticar
EL
utilizaría dos dentaduras.
Si algún día
hubiese que cubrir la cabeza
con una escafandra de cristal
EL
respiraría impenitente
sin acaso intoxicarse.
Si se pudiese
volar
EL
llevaría plomo en los bolsillos.
Si algún día
no fuese necesario estudiar
EL
obtendría matrícula de honor.
Si el blanco
continúa siendo blanco
EL
lo seguirá viendo negro.
Y son sólo noventa centímetros
lo que separan su nariz
del suelo.
Abolirá el NO
y el SI.
Creará una terminología tal,

que no habrá forma
de buscar su antónimo.
Es posible que
en su madurez
se vea llover
hacia arriba;
jugar al fútbol
con la Luna;
escuchar por el dedo gordo
del pie.
Y lo que ha
apagado en una
onomástica
han sido tres velas.
Lleva en su sangre
glóbulos violetas
y es, en potencia,
una cerilla en la
puerta de un polvorín.
Nunca tuve oportunidad
de ver
crecer
al HOMBRE PROTESTA,
más, tengo la
sensación
de hallarme en
posesión
de una butaca
de primera fila.

Mañana

Mañana puede ser un buen día
¿pero y hoy?
Hoy soy atleta que lleva
en su flujo sanguíneo
arenas
cristalinas, fábrica de
anticuerpos. Cuando el neón
amarillea, resbalan entre mis dedos
unos brazos que me estrangulan,
un iris que encharca
mi cuero cabelludo.
Mañana volverá
a ser hoy.
Tendré, tengo, tuve
las yemas de los dedos
encallecidas, palpitantes, laureadas.
Diapasones sin tregua
- en forma de corazón -
realizan pruebas de urgencia:
Nunca creí que los guardianes
de mis oídos
devolvieran palabras
por desconocidas.
- serán nuevas, sin aprendizaje -
Paredes gruesas de cal
no pueden oprimirme tanto,
soy amante,
soy quelonio fuera del agua,
y ella...
Los trinos en los geranios
me traen un nuevo
hoy.

Vivimos

Vivimos en un mar inmenso
que rompe en grises amaneceres
y termina tornasolando el horizonte,
nuestras horas están sumidas
en cambios bruscos de marea,
por eso ayer te dije
            que tu mente debe fijar el timón
en el arco iris,
en el viento que eleva la cometa,
en el minuto que iluminó tu cara,
mañana de nuevo amanecerá gris
y tendremos la misma ventana abierta
cuando encendamos el ordenador.
            A mí
 me ayudaron las ninfas del bosque
- las driades ?
y cada vez que el mar se encrespa
apareces tú,
oigo tu respirar, respiro tu mirada
            saboreo tu voz,
envío el minuto a su rincón,
a veces me convierto
en capitán de navío pisoteando biodramina
y me dejo envolver en el roce
de tu carne contra mi carne.
No hay adoquín en el mundo
que pueda rasgar el cristal
que rodea
mi urna secreta.

¡Ay de los quince años!

¡Ay de los quince años!
De esos poemas
brotados
como flores de primavera.
Esas rimas viscosas
rebosantes de candor.
La amada,
el desengaño,
los primeros contratiempos,
las ansias de inundar
el mundo de poesía.
Quince rosas
desbordantes,
incapaces de ver
sus propias espinas:
preocupadas tan sólo de difundir
aroma y color.
¡Ay de los quince años!
No os tengo añoranza
por vuestra juventud
ni por vuestra fuerza;
os añoro
por la inmensidad
de las horas
de esos días de entonces.
¡Que buen momento
para hacerse profesional del poema!
Para vivir sin más
desde el primer al último
verso.
¡Ay de los quince años!
No quiero,
yo no quiero darle marcha atrás

al tiempo; ni llevar mi
experiencia de ahora
a la bisoñez de antaño.
Quiero que sean
quince caldos de cultivo
para dentro de quince años.

Apretar un nombre de mujer

Apretar un nombre de mujer
entre mis bíceps aerodinámicos
mientras empalago los labios
de carmín o rosa mancillada
supone
medio reloj de arena. Despierto
cabalgando como el poeta,
trasladándome sin remisión
por voluptuosos montes escondidos.
Nobles manos me moldean
y del interior de la caverna
emanan ligeras voces.
Torpes voces.
vomitan sobre mi pecho
palabras y más palabras. Sudo.
Por un instante te desnudo con
delicadeza.
Ahora soy jinete,
Luego me hallo de cubito supino,
Quiero acelerar mis pasos,
tengo inexcusable prisa.
Tus besos
me sitúan más atrás, bailando;
roces púdicos, toques permisibles
y amalgama roja de labios
que se cobran una por una las arenas.
Primeros planos repetitivos,
primaveras, dimorfismo sexual,
lianas negras donde clavo
las uñas
para de un decidido impulso
ascender al infinito.
Ahí sigue la fragancia

ahí el hedor respirable.
Me planto ante el espejo
y está vacío.

Siempre encuentro

Siempre encuentro en mi memoria
-a veces nada busco-
sabor a cucharilla y azúcar
en una mañana de invierno.
Son las diecimedia en punto,
hora de alimentar el alma
viendo la desnudez de la calle
reflejada en el jaspe de tu mirada.
Es el momento grácil
la fuente oculta entre el tráfico
donde saboreo el agua más fresca
que manar pueda río alguno.
Tu presencia, tu palabra,
el gesto mecánico del camarero
y el amorfo escudo de mi camisa
dan vueltas en torno al mundo
hasta que llegan otras diecimedia.
Calendario de vida intensa
-me fue marcada en el Olimpo-
que no tiene tardes ni noches
que aspira con fuerza el aire
rastreando el perfume de tu piel.
Tal vez en alguna hora perdida
se hayan cruzado en el éter
aromas y deseos
y nos hayamos visto los dos
sentados frente a frente, en el bar.
Tañer de solitaria campana
que llama puntual a la oración
mientras un caballo relincha
desprendiendo luz entre sus cascos.

En tu incipiente calva

En tu incipiente calva
se transparentan
los poemas, como sellos de caucho,
ansiosos
De emborronar
la blancura de la cuartilla. Emanan
cristalinos
como recién llegados del
sempiterno glaciar. Fluyen
conquistando fronteras y
acallando voces eruditas.
Menudo,
pegado a un bigote,
como buen clásico contemporáneo,
vas
repartiendo ilusiones y
ayudando a la letra impresa
de los demás.
No existen hondos cajones
en los muebles de tu otoñal piso;
tus puertas carecen de bisagras
y tu espíritu se muestra
siempre dispuesto
a escuchar.
Te debe tanto
la poesía
que es imposible
hoy
hablar de ella
sin que esté tu
bigote por medio.
Dieron en llamarte José Luís,
y tú poéticamente descontento,

recogiste la llama
del pasado
para seguirla paseando
audaz
por los corros del presente.
Pariste
una Vasija
del más puro Barro
sevillano
para llenarla de versos
y esparcirlo al viento, donde
ávidas bocas paladean
tan exquisito manjar.

Al principio fue Platón

Al principio fue Platón.
Sembré de libros mi pupitre
-nació la poesía-
y el mar de tus cabellos
me convirtió en Neptuno.
Tus ojos, mis labios, tu mirar,
mis suspiros, tu palabra, mi entusiasmo,
tu ausencia, mi figura, tu corazón,
mi primavera.
Llegaron los de lengua ligera:
muslos prietos que al tocarlos
te endurecen la vida. Labios
sonrosados, cuerpos gráciles
de miel tras escaparates de lujo.
Amigos;
se conjugan verbos. Se rompen barajas
la afilada tijera amontona
metros de film.
Me abraso la blanca carne
y no puedo alcanzar el ascua.
Un día queda el reloj

sin arena. Se transparentan
sus cristales.
Una nube llueve besos
y enfermo de por vida.
Los dedos se multiplican,
encuentro el nexo de unión
y amo?respiro sin diferencias.
Alguien, a mis espaldas,
repuso los granos de arena
¿amor? Si ¿Y los besos?
¿Y mis ansias de fundirme
contigo?.
¡Ay mis versos becquerianos!
¿Qué hago ahora tan solo?
El monte se volvió pared
y me da vértigo, si escalo.

Mantengo

Mantengo firme la virginal llama,
mientras juega la luna al escondite.
Mantengo la oferta de mi convite,
habrá buena vid, de postre pijama.

Mantengo, ¿mira que si ahora llama?,
un mensaje de voz que se repite.
Mantengo viva la fe que trasmite,
me repito en silencio: la amo, ¿me ama?.

Y así pasamos los días, las horas,
mientras laboro esquivo sufrimiento;
detrás de tu mesa, todo lo ignoras,

debemos llegar al convencimiento
que en estas rimas y en esas deshoras,
mora un exceso de mantenimiento.

Yo le pregunto al camino

Polvorientos parajes, transitada
senda ?calor incipiente-, confiésame
tú que lo sabes, ¿por qué hueles a pésame?
Sobre tu faz caprichosa, marcada

queda la huella -cándida, resignada-
de ruedas, alpargatas, cascos. Bésame
amargamente la sien, gime y césame
como cantor; más dime antes que nada:

¿dónde marchó el alegre campesino?
¿dónde la abubilla guardó su trino?
Respóndeme sean cuál será el sino

de esta aridez ondulada. Concede
licencia a mi entendimiento; él no puede
comprender y ha de saber qué sucede.

Que no se pierda esa flor

Que no se pierda esa flor,
que no llegue nunca el estío.

Dios, como me tiembla el cuerpo
y se me enrojecen los ojos.
Me comería a besos su
piel,
y sorbería uno a uno sus
gráciles dientecillos.

Que no se pierda esa flor,
que no llegue nunca el estío.

Siete primaveras, Dios de los cielos,
siete GRITOS quiero dar
conteniéndome furioso.
¡Oh bella blancura! ¡Oh marchita amapola!
Conservarte quisiera, amor mío,
en cristalera eterizada.

Que no se pierda esa flor,
que no llegue nunca el estío.

Fui torpe quitapolvo
que ahogó en lágrimas
tu lechada prominencia.
Un apunte
un mínimo apunte fugaz
y en papel semiarrugado
trazaste virginales letras que
han obstruido mi garganta.

Que no se pierda esa flor,

que no llegue nunca el estío.

Díos, Díos y Díos,
no apartes jamás la gota
que hace posible el arcoiris.
Que el calor de esa almohada
permanezca siempre incólume
aunque nieven tormentas de años.
Que tu nombre sea el frescor
y yo la hoja
reseca que cada mañana
te mira.

Que no se pierda esa flor.
que no llegue nunca el estío.

¡Oh grandioso bigotudo,
rey con siglos a cuestas!.
El corazón tengo atravesado
por una ventusa margarita que
arrancó agua salada de mis
acristaladas pupilas.
Si tesoros hay en
el mundo, ninguno
ostenta la grandeza
de la mente filantrópica
de esa luz de primavera.

Que no se pierda esa flor,
que nunca llegue el estío.

Porque un día llamó

Porque un día llamó
el amor
a la puerta entreabierta
del callejón sin nombre,
crecieron ortigas en mi cenicero.
Era un amor desconocido
mitad beso mitad verbo algodonado.
Reclamaba como propio
lluvias de meteoritos
amapolas por la sementera
y ardientes brazos circunvalatorios.
Se preguntaba este amor
por la incomprensión nacida
en aquel recóndito valle
de huracanes sin bozal.
Pisapapeles amarillento impiden
leer el decreto,
                surcos de barro
marcan mi mejilla.
respiro a borbotones, grito
y no me oigo
                El amor late, galopa,
en corcel de negra crin,
deja su huella en la playa.
Sube acompasada la marea.
Ahora tengo entre mis manos
labios resecos, adormecidos,
a los que entreno cada mañana
en el arte de soportar
horas de tedio en incorruptible
sillón giratorio.
Remolinos de verano
a los que pretendo reconvertir

en suave brisa nocturna.

Se bien

Sé bien que hay una frontera,
un cristal de bordes redondeados,
una raya,
un lugar donde Eros está proscrito,
una isleta junto al semáforo
donde Michel nos persigue,
a ti te vende pañuelos,
a mí palomas de alas rojizas.
Tierra inhóspita que ahora cabalgo.
Quiero que mi verbo esté
en la servilleta volátil,
en la hoja rosa del parte
o en el filo de tu almohada.
Es una franja
tan estrecha
tan ancha
como beber cerveza sin o con.
Verdes naranjas que tornarán
su piel en atardeceres de verano,
que ofrecerán almíbar a los dioses,
inspiración al poeta,
cuando estemos junto al puesto
veremos sólo naranjas, tal vez su precio.
Aquí ante blanco papel emborronado
me siento acero
con empuñadura de plata
y te sueño perfume de jazmín
que llama a mi ventana.

Cruz plateada

Cruz plateada que antaño
deslumbraste humilde
por campos polvorientos.
HOY
me has dejado imbuido
en mil dudas
inflexibles.
Los pocos años vividos
y las ansias de
descubrir,
me hacían buscar
amigos en mi
empavesado jamelgo.
CRECÍ
entre níveas flores y
vetustos encinares.
Jamás negué a nadie
ni un centímetro de amor.
Cultivé frondosos huertos
y regué las amapolas
con el sudor de mi cuerpo.
ABANDONÉ
Las enormes estrellas
de tus noches de verano
y de aquel corralillo enguijarrado.
Tu sabes
cruz plateada, que el embudo
sólo tiene una salida, porque
a pulso saqué el agua y
pude comprobarlo.
Mi ostracismo
pretendía quedar oculto en
el mapa.

Ellos, al igual que yo,
eran conscientes y gozaban
a mi lado ínfima parte
de los trescientos sesenta y cinco.
Y llegó ese MAYO
ese horrendo despertar
de infinidad de Rocinantes
y rostros impertérritos
sosteniendo
la dulce sombra.
Estabas frente a mi y
el Sol lanzaba tu plata
sobre mis ahumadas lentes.
PASEÉ.
Quería asirme a la última
mata, pero el abismo se
ofrecía seductor, disfrazado de
manzana. Desde
estas profundidades hago
funcionar a tope la materia gris
para retornar a tu lado.
ANHELO
las anchas paredes con grises
manchas de humedad y
el sabor a tierra masticada,
presente en mil cruces
primaverales.

Imaginarte

Imaginarte descubierta de pétalos
sin gotas de rocío en tu aurora
con los brazos erguidos,
tenazas negras chorreando aceite,
fresas sin colorante a centímetros
de mi incrédula boca. Rompo
la yema de los dedos con martillos
de pan blanco. Babosas en fila india
recorren nuestros cuerpos,
masas viscosas de supergen fluyen
de la ducha, nos invaden,
se derriten tus palabras ahogándome
los tímpanos. Alcanzo
las estrellas desde mi patio y te diseño
un vestido con escaparates incrustados
llenos de ropa femenina. ¿Lloras?
Aprieta tus tersos muslos
contra mi carne impregnada
fúndete en el caldero bermellón
de Vulcano, lenguas de escalofrío
nos marcan la piel herida.
Amarte cada grano de arena
sin apeadero en el oasis.
cierro la ventana opaca
que me muestra un bosque grisáceo
y me embadurno de besos.
Por si algún día te hallo
dejo las huellas marcadas en el camino.

Por un instanrte

Por un instante quisiera
mirarme desde tus ojos,
saber si la distancia que nos separa
está marcada de primaveras, o si
tu mirar tiembla por el color de mi pelo.
Si yo pudiera
haberme parado al nacer
para sentarme en el pupitre
donde dibujabas corazones.
¿Se escuchará allí el canto del gallo?
En el remanso del agua
de la ribera
el pez sabihondo abre su boca
¡si yo pudiera! ?repito¬.
Por tu iris veo reflejo azulmarino,
dardos de amor *in tempore*
que no sé como puedes esquivarlos
¿con el archivador azeta, o
tal vez con el giro modular de tu garganta?
Conquisté
la tierra prometida, en el
pilón de agua bendita,
confundiendo la generación,
pisamos la misma playa
desde *naos* diferentes
mientras el Sol sigue reflejando igual
la sonrisa sutil de tu cara.

Presa en su recipiente

Presa en su recipiente
no puede impregnar
el papel.
La tinta tiene ansias
de poder.
Pero no sale.
no cuajan los
miles de intentos y
los ojos se encharcan,
los labios no se
despliegan.
El murmullo me
confunde y la
palabras
reclaman un espacio
que le es negado.
Una exposición antológica;
luces limpias que penetran
modificando la epidermis.
Versos
coronados de laurel
que retan leyes osmóticas.
Sólo la cálida voz del poeta
rompe mi marmórea frente.
Río azul en
el que patinan ingentes
tropas
de partículas.

Amaneciste sin fe

Amaneciste sin fe en la íntima
canción que bordoneó el juglar,
abriste como cada día el postigo macilento:
la casa de cal no tenía árboles
y tu corazón, quebradizo, retornó cojeando
a la penumbra de ollas y leche
de vaca.
Con el tedio de verano sestean
las ansias de rozar la piel,
fluir constante de aroma femenino
obesidad de años en el verdor
de los barrancos. ¿Dónde fuiste
dador de dones? Pan de masillas,
sal de iris, vino derrochado
en otras mesas y en ésta
quedó el mantel incólume.
¿A qué barrote hay que asirse
para no ceder a las dentelladas
del caimán?
Ruecas de nata cuelgan
en tu cabecera. El galope azul
de un fornido caballo blanco
golpea a menudo en tu sien.
Repatalea. Chirrían los cascos
en los guijarros.
Te levantas.
El viento pasa sin fronteras,
escondes las manos en el terciopelo
arrugado de tu vientre. Presionas
con tesón la cuenta del rosario.
Te llama la siguiente

Sólo busco

Sólo busco tu presencia
cuando desafío al destino,
girando el panel indicador, barreneando.
Si tus besos son ausencia,
tus caricias vocablo que aspira
                al diccionario oficial,
quédeme el Sol que alumbra
para hacer sombra con tu cuerpo.
Quise aspirar aroma de jara
manchándome con tus manos,
contar la arena de la playa
mientras te veía danzar con
las ninfas un vals tornasolado,
pisar con tus pies descalzos
el verde, la butaca, el aire.
            Tendré
que subir al oráculo la bendición divina
de la vida laboral.
Hirundo, tú que atraviesas
con facilidad los mares,
aprovecha esta corriente de amor
y trínale posada en su hombro
este trasiego de morfemas,
ella puede que adorne la mejilla
con alguna perla fugaz,
pero oirá encantada el mensaje
y hasta alisará tus alas.

Doscientas cuartillas

Doscientas cuartillas apalancadas
soportan el paso del tiempo
y nadie pregunta por ellas.
La barba lánguida se entrecruza
con brillantes jornadas de éxito.
Abajo quedaron todos aturdidos, inconexos,
estirándoseles los brazos hasta tapar las rodillas.
En el cerebro se ilumina una luciérnaga
y Peter Pam me raptó valeroso para mostrarme
las nubes.
Las serpientes encadenadas que corroían mis huesos
fueron trasplantadas al álbum o conservadas en
alcohol rebajado con agua.
No escuchaba.
De tanto recoger basura, se me taponaron
los oídos y la música de Beethoven no llegaba
a mis entrañas. Tuve miedo.
Como si hubiese ingerido vino mohoso, de
viñedo maloliente, la tráquea fue asaltada
por magma recién forjado.
Surgió el anacoreta y la tinta formó el río.
Ellos siguen esperando entusiasmados
pero la estrechez de la alcoba y el reloj de
agujas torcidas han ganado la posición y
el gigante negro de pies enormes rueda por el
suelo.
Doscientas cuartillas más se añaden
entusiastas
como si fuese la primera vez,
como si el camino andado,
no significase nada.
No significase nada,
NADA.

Yo tuve un amor azul

Yo tuve un amor azul
y sus trenzas envolvieron
la redondez de la luna. Nací
al repique de campanas; besos
manchados en caprichosas tinieblas.
Amé, quise, me embriagué de ojos,
Grabé en mi mente la Ley.
Rocé altares, silencioso,
mientras mis huesos se helaban
y el otoño enlozaba jardines,
sepultaba babosas de dos en dos.
Pasaban a trote de caballo
corazones envueltos en tez morena,
cabellos de trigo, manos de pan.
Pasaban, pasaban...
Los muros de la catedral cernían
su sombra sobre mis pasos;
los besos se derramaron sin ser vistos
por la seda de tu piel,
Miles de cirios fueron prendidos,
se atascó el reloj de arena.
Sacudidas bruscas de las entrañas
formaron islas humanas;
Nos desnudamos sin pudor.
Maremotos de días sin horas
nos devolvieron a la playa;
me senté en el brillante alquitrán.
Sin cruz de guía
ni horario de domingo
vago en mi isla de manzanos.
Tardía fruta que no se deja
amasar entre mis dedos.

Hoy ha tenido lugar

Hoy ha tenido lugar
el feliz acontecimiento,
en la puerta del quirófano chico
la enfermera grita gozosa:
¡ha sido libro!
Reclino mi cabeza en tu pecho
y pienso en los años, en las fatigas,
en la voraz trituradora de la primera planta
-será de sangre azul-
dice el administrativo de gafas progresivas.
Y yo me pierdo
en el trigal de tus cabellos,
en la redondez de tu ombligo,
en la comisura de la estrofa
que es calcada a tu sonrisa.
Arrullo de rula turca
que en la cúspide del castillo
proclama su voz, su canto,
forjado en las entrañas melosas
que resumas por el bello de tu piel.
Cara de pan
le ve el hombre de gorro erguido.
¿Y el alma?
Está en mi pulso de jornalero
y el cliché invelado
que al trazo de cada palabra
te proyecta en la cal del patio.
El párroco ?manga corta de camisa-
bendice su buena lectura
y al salir, el cuponero
como si fuese viernes
nos mira y nos dice: ¡suerte!

Comienzo de la historia

Con la inocencia a flor
de página,
totalmente olvidada de tu suerte;
cuatro tablas en forma
de cajón
daban cobijo a montón
de versos, posible poemario.
Ni una sola de tus letras,
estáticas,
podría imaginar su fin,
sino de seguro que se
niegan
a formar palabras.
Tu padre, poeta inexperto,
sólo puede tener un deseo para ti;
sea lo que seas, cenizas,
papel amarillento y húmedo
o cualquier otra materia amorfa,
iza bien alta la bandera
de tu existencia.

Tortuosas ruedas

Tortuosas ruedas contemplan
la niebla a ras de suelo.
El jergón rebosa viandas
y los músculos están tensos.
¡Ay amor! Horizonte de festín carnal.
Esculturas pedregosas profanan
la piel, dislocan huesos;
el sudor cae en gruesas gotas,
recuerda al mar, las olas
nos golpean la espalda. Mira, amor ,
libélulas creativas dibujan
un corazón con sus abdómenes.
Recuperamos.
Se agrietan nuestras camisas
y la sangre se agolpa en la ventana;
zarzales lánguidos que lloran,
aulagas en flor muerden la pantorrilla,
Se nos pierde la mirada
tras una alondra en su nido.
-aún nos quedan granos de besos.
Negruras
se desgajan, untándonos de barro.
El aire ya no alimenta,
caminar empieza a no conjugarse,
dos pájaros se aparean,
nadie los distingue.
Ayer te vi, deslumbrabas.
En la enésima jornada
la niebla abre sus puertas,
el rey Sol nos saluda
y dejamos correr cristalinas
miríadas de besos ?orgías.
Ya estamos preparados

para el próximo viaje.

Y mientras tanto

Querubines con trenzas
danzad conmigo,
vuestra madre me cuenta
como os ha ido.

Y mientras tanto
por el camino
vamos andando.

Despertáis muy temprano
¡qué mala suerte!
choquemos las manos
¡que suenen fuerte!

Mira qué bien
el quiosco ya tiene
cosas que ver.

Si os duele la tripa
sale una cana
¡doblad las rodillas,
cantad con ganas!

Y mientras tanto
por el camino
vamos andando.

Ya llevo la cuenta
del diez y el cuatro
¡date media vuelta,
cámbiate el paso!

Qué suerte loca

la quiniela del jueves
nunca nos toca.

Por la tarde ya voy
a clases de inglés,
de puntillas estoy
vosotras también.

Y mientras tanto
por el camino
vamos andando.

Mamá yo no como,
no tengo ganas,
ahora de este modo
batimos las palmas.

Y en la ventana
sopla ya Cristóbal
la leche manchada.

El peine que usas
me da tirones,
¡levantaos la blusa,
girad los talones!.

Y mientras tanto
por el camino
vamos andando.

Mi maestra me dice
que yo mucho hablo,
pues ve, corre y dile
que hemos terminado.

En la revuelta

de aquella esquina
echamos la cuenta.

Y mientras tanto
por el camino
vamos andando.

Efímera figura ramificada

Adorno seco, imagen atrofiada,
savia punzante de la tierra virgen
que un día cruel rayo te dejó marcada
sin respetar tu natural origen.

Cielo y Tierra eran encrucijada
de cruentas batallas. A Dios afligen
muertes tan innecesarias. Dañada,
perennidad y verdor se exigen

últimos esfuerzos competitivos.
Dislocantes cicatrices de barro
profanan impunemente tu seno.

Los orgánulos que aún continúan vivos
carecen de fe. Semejan cigarro
que lentamente fenece. Veneno.

Anocheciste llorando

Anocheciste llorando
porque tu oro ya no era,
el que secaba caprichoso
el sonrosado pómulo de Baco.
El que descosía sonriente
los pespuntes de labios marchitos.
Y tu llanto ascendía
por muslos de ligueros rosas,
carril de dirección única,
olor a colonia defensiva,
espolvoreada
por las esquinas de la habitación.
Entre dientes escupes
cuerpos de mujeres rociadas
de gin semen, luna con cerco;
ahora no alcanzas a llamar
a sus puertas,
quedaste con las nalgas en el suelo
abrazado a una sombra.
A un amigo.
Ellos, los de siempre
(portadores de la verdad, de las ansias,
amantes de horas infinitas),
gritan tu nombre.
¡Ay amor!
Yo no quiero ser esclavo
de azulados burdeles. ¿Para qué si no
la luz del Sol broncea figuras
en la arena?
Llega a mi, aderézame silbando
canciones de marineros.
Duérmeme en las doradas
dunas.

Junto al viento.

Te confieso

Te confieso que he pecado
contra el décimo mandamiento,
derramé todos mis besos en el brocal
ardiente de tu cintura
-pómulos de carnaval-
dejaste corretear mis dedos
por el entresijo de tu piel de nácar,
se me durmió la lengua
escalando a pulmón libre la
nívea geografía, oasis de mis sentidos
y sentí posarse
una mariposa iphiclides libando despreocupada.
El interior de mi cuerpo
era volcán, lava, fuego.
Ni triste uniforme de invierno
ni aroma de recatados vaqueros,
piel con piel,
febril lucha grecorromana
batalla henchida de labios
rebosantes de salina.
Nunca fue mi mano tan diestra.
Abejarucos en vuelo
buscan donde cobijarse.
su voz, me resulta conocida.
Si debo pagar estoy dispuesto,
mi caballo enjaezado.
Mándame cerca del mar,
allí donde las dunas me recuerdan
tu figura.

Dos límites y un logaritmo

Una tarde cualquiera
de un día cualquiera
?poco importa ahora eso?
me armé de valor y me dije:
A buscar esa fuente
que agua tan clara emana.
Sin nervios, sin motivos tampoco,
me presenté en el lugar adecuado
y a la hora justa.
Dos límites y un logaritmo
danzaban por la pizarra
de arriba abajo.
Sinfonía inacabada penetró
por mis oídos montada
en carro de algodón. Avanzó
y avanzó...
No podía creer lo que
en esos momentos estaba viviendo.
Era como pasar del cero
al infinito.
De la Nada al Todo.
Ahora
los límites y el logaritmo
invadían la cristalera.
Manos unidas, dientes relucientes
y ojos cristalinos de invierno
constituían el
"do-re-mi".
Al volver mis zapatos débiles
pisaban fuerte
sobre el albero mezclado
con asfalto
de la trémula calle ajardinada.

Mozalbete espigado, trapo al ristre,
daba al traste
con los límites y el logaritmo.

En la solitaria calle

En la solitaria calle, la luna
sonríe tu ardor. Te desfaldo.
Ahogan los movimientos, la guitarra
enfebrecida y la silenciosa cal.
Da un vuelco mi corazón.
Es la arena quien cobija,
las estrellas las que miran.
Te busco los frondosos muslos
y tus labios rezuman sabor
a espuma. Invitación a pasar
al jardín de las Hespérides.
Abro los ojos.
En mi alfombra favorita, jugamos
los tres sin vernos. Rosa me
pincha el vientre. Azucena lame mi pelo.
Me voy.
Por los pasillos te encuentro. ¿Qué quieres?
se me hace día la noche.
Me fundo en el crisol. Me vuelvo
camisa de serpiente nueva.
Duermo.
Papel adhesivo la epidermis
vuelve a su cauce el río azul.
Tras las cortinas, entreacto:
crujir de labios y brazos
que desesperados buscan amparo,
picos y volcanes, sinfonías inacabadas
galope de caballo blanco.
Y el reloj de arena no consume
más que unos granos.
Crucifico los dedos. Por segundos,
el resto de mi ser calla y esconde

en una sábana su rostro de plebe.

Alguna vez

¿Alguna vez contaste los pétalos
del jazmín
mientras con tus dedos formabas
remolinos de aroma?
Yo lo hago y veo tu boca
y el brillo de tus pupilas
bajo tus cejas un río de esmeraldas.
Róbale a Philos el poder
construiremos una tabla excell
y en una celdilla en blanco
comenzará nuestro viaje.
La avenida ruge en gris,
lees tu última llamada,
tiemblo de pensar que puedes
rozar con el filo de tus dedos
la carga de amor de mi piel
¿qué te falta?
Qué tic tac machaca mi sien
de lógicas respuestas verdeazuladas.
Hoy no escucho
el trinar glorioso de gorriones
ni veo caer las hojas
marchitas del limonero,
hoy he vuelto a meterme a buzo
entre mi propio tejido
y ahí sigue visible el papel,
los focos, el escenario
sólo espero que el regidor
te de
paso
te de
paso.

Mea culpa

Me acuso
de ser inexperto,
de tener fe en blancas palabras,
de creer.
De ser sólo yo,
de no torcerme en el camino,
de soñar.
Y acusándome
me llevaría semanas,
meses enteros...
hasta que un día azul
pueda reflejar en mis
gafas de Sol
la lluvia imperecedera.

Cuando la luz no entre

Cuando la luz no entre
por mi ventana
y los visillos yertos sean
pétreas imágenes, gritaré.
Y no oiré el lamento de los muebles
y no llorarán las lámparas del techo.
Mi cama, pradera inhóspita de renos,
dormirá conmigo cada atardecer,
pediré iluminar la estancia
pero no hallaré el aroma
ni aquellos labios esparcidos
como mariposas inquietas
restregadas por las paredes.
El silbido del tiempo queriendo
penetrar
por la cristalera. Mis palabras.
Sacaré los zapatos al balcón
y los retiraré el cinco de enero.
Soy el cadáver de mi mismo
la radiografía velada por
una enfermedad inexistente.
Calló el chamarí que cantaba
en el óleo de mi cabecera
y hasta se rompió aquel retrato
harto de soportar el mismo marco.
Papel de fumar que transpira
pasiones de otra celdilla,
noches de insomnio. Lágrimas
secas que calan mi piel.
Sinfonía inacabada.
Tiembla mi brazo al cerrar
la carcomida puerta.

Hay un ángel

Hay un ángel en mi memoria
que evita pisar la débil tabla
a dos melosos querubines.
Colgaba en la cabecera con alcayata dorada.
Antes de hundir mi aguileña prominencia
en la nube de los sueños,
pensaba en su candorosa mano,
medio siglo después, otro ángel,
susurra por el dintel curvado
de mi cama, dos palabras, una frase,
un gesto, nada,
hasta que mis rendidos párpados
cuelgan el cartel de cerrado.
Entre tinieblas despierto librando
feroz combate
y en la arboleda pronto distingo
el áurea, las dos alas, el tull azulado
y me sonríes
y me cuentas y te cuento
te distraes con los zapatos
hace calor y ni los pájaros
quieren salir esta tarde.
Aquel ángel ya no sé
si aún paga el ierrepeefe
pero éste que ahora vela
tan cerca de mi almohada,
sigue en situación activa
y tiene en regla los papeles.
Podéis repicar
ciconias.

Retrato con principio y fin

Juventud. Verde tapiz soleado,
pista de pruebas improvisada; ganas
de lanzar al aire desmesurados
gemidos multiformes. Mientras canas

de prematura madurez, bocado
a bocado, cuidan tus filigranas.
Diminuta luna que has arañado
tan virginal frente ¿en verdad que emanas

de la madre recelosa, o quizás
eres estrella deslumbrante? Dos
mariposas revolotean; blancas,

perdidas y disfrutando sin más.
No tardará en llegar el tiempo en pos
de ti. ¡Severo juez!¿Nunca te estancas?

Quiso el destino

Quiso el destino que tu
carecieras de agilidad. Movieras
antes el corazón que tus miembros.
Te lanzaste a la calle ?devoradora--
y a las frutas pusiste piernas
de nylon.
Tras el puesto la tendera
te ofreció verdes doncellas
y luego se quitó la máscara
de bruja. Clavaste tu hambre
hasta sorber el veneno.
No duermes entre tules,
ni tienes la tez suave.
Lloras. No presionas con tus manos
la flor del magnolio,
ni bebes en vasijas carnosas.
En la arenas otoñales
no tiene sitio tu nobleza.
Las mejores cuernas esparcirán
babosas, espermatozoides sin fin
cubriendo todo el firmamento,
dibujando la Vía Láctea.
Muerdes
rabioso la almohada, reconviertes
tu propio llanto. Te enquistas.
y al día siguiente la luz
dibuja arpegios en la pared.
Arrastrarás tu zapato por el pasillo,
sinfonía de grilletes, amor maldito.
y mientras tanto miles de alcobas
fingirán
una lluvia de estrellas.

Dejé crotoreo

Dejé crotoreo en la memoria
y tordos en la casapalmera,
vine a recobrar el runrún
que fluye sobre el asfalto,
tan cerca estoy de los muros
que saben de mis suspiros
que puedo oír al respirar
de sus trasnochados poros,
allí mora aquel estanque
que nunca supo dibujar la secuencia
de tu voz,
el joven ciruelo que aspira
abrazarte con sus ramas
y la vidriera que comparte
los destellos luminosos
de tu iris.
En el pasillo profundo
ya puedo verte,
me estremezco con mi piel,
miro a la campana, a la iglesia
y a la bandera de la puerta
¡por fin tu mirada!
Bocanada de aire, blanca mariposa
laurel que cobijas
las plumas del mirlo de incrédulos soles,
el hacha indolora castiga
el jardín
donde tus pasos dejaron
la huella
que marca mi antebrazo.
Sufre la jacaranda, el pacífico, la acacia,
sufre el árbol del amor.
Del amor,

con sus hojas quiero envolverte
en un otoño lluvioso
hasta que broten rosadas
                en verde tallo
las horas que te debo de mi ser.

Segundo encuentro

Gabardina blanca,
de corte pasado de moda,
y pelo espinoso cual
erizo enfurecido,
formaban el muro
infranqueable
por el que mis sentidos
pugnaban inútilmente.
Mis oídos quisieran
haber escuchado algo
más que promesas encubiertas
en palabras biensonantes.
Mi olfato quisiera
haber olido ese aroma
inequívoco de la lealtad
bienhechora.
Mi tacto quisiera
haber palpado ganas
y deseos profundos de
ayuda al necesitado.
Mi gusto quisiera
haber saboreado la
dulce miel de la
comprensión.
Y mis ojos quisieran
haber visto algo
más que desgana.
Más, en el camino
de vuelta, sentí
que aquellos poemas,
nacidos al amparo
de un deseo,
habían iniciado una

senda con sólo
el letrero de ida.

Cuatro vidas

Quererse es desplegar las alas
dormidas
por los senderos del viento,
oír el fino susurro
de las nubes siemprevivas.
Una vida

Traspasar el muro insondable
de cal viva,
conservando intacto el frágil velo
que cubre la desnudez.
No detectar ni una minúscula
herida
ni rasguño, ni escozor.
Dos vidas.

Es huir a contramano
y sin guía
del poderoso fantasma azul
que cada noche nos despierta
devolviéndonos la paz.
Sudar frío que recorre
la epidermis, adormecida
Tres vidas.

Quererse hoy y mañana
-mientras viva -
quererse es luchar sin tregua
donde el débil no tiene
cabida.
Cuatro vidas.

Quiero convertir mi pluma

Quiero convertir mi pluma
en fino pincel que trace
los latidos de tu pecho. Que acompañe
el deslizar de tus brazos en el nylon
por donde miro
los encajes de tus senos
y en la paleta amasar
suave tinta de albahaca que despunta
en la mañana de terrazas con estufa,
de charlas de comadres jubiladas.
Pintaré de negro zaíno
la caída del pernil que cubre
                el nácar
y me ataré las dos manos
en el perchero embolado,
la seda para cubrir
tu nombre grabado en oro.
Se me escaparon los labios
ocultos en el tintero, buscando refugio
en tu nuca.
Quisiera pintar estrellas
y a Júpiter con sus anillos,
irritar mi pituitaria de celeste suavizante,
trazarme en ti.
Gloria canta la radio,
gloria escribe mi pincel.

Treinta quejidos

Comenzaron las cabinas
a tragar dosis de
esperanza.
?Tal era mi entereza.
Palabras, suspiros, quejas,
entablaron singular
duelo
por la subterránea red
de intrincados
hilos.
Pobre de mí ?pensé?,
en algún lugar lejano,
olvidado y tenebroso,
reposarán los restos
de treinta quejidos
de amor.
¿Treinta?
¡Sí! Treinta instantes
de una vida
nacida para plasmar
los sentimientos en
papel.
De nada sirven disculpas,
de nada sirven falacias;
treinta gritos lanzo
al cielo y treinta
veces se ensancha
la profunda grieta
del costado.
¡Oh, nívea Temis!
Si eres justa, atiende
esta voz temblorosa
que araña desgarradora

pidiendo algo más
que palabras rastreras,
serpenteantes e innobles.

Cuántos muros

¿Cuántos muros, naranjos
y cielos azules
serán mudos testigos?
Escucharán ufanos susurros
de enamorados
sin fecha límite de caducidad.
Por allí pasaron poetas,
albañiles, camioneros, futbolistas,
guardias de seguridad, jefas y
gente de toda ralea. Unos grabaron
a fuego
y otros esbozaron ligera sonrisa.
Llegaron buldózer amarillos
plagas de origen desconocido
?anticríticos?
y negras nubes sin agua.
Gritaron los muros, los naranjos
y los cielos azules:
¡te quiero!
Nadie respondió en la
inmensidad del túnel.
No ofrecieron resistencia,
dieron por cumplida su
incómoda misión
y perecieron víctimas
del
diccionario de ingenuidades.
Muchos de aquellos confidentes
¡ !
se miraron a los ojos
y dejaron escapar
un prolongado suspiro.

Chalchiuilt

Chalchihuilt se ha instalado
en mis sentidos para darte a ti forma
inmortal en el tiempo, para ser
defendida con rodela y espada.
Chalchihuilt de mis noches
marcadas de cal, de tu pueblo
y el mío, crisoles de aulaga,
yo te aliso el camino hasta mi puerta
mientras vuelo a tu tierra embelesado.
Crearé un nuevo mundo sin ricas piedras,
sin hidalgos ni plebe, con mares de besos,
con infantes que dancen
                por el siete de julio.
Beethoven se ha hecho fuerte,
                el calor me sofoca,
tu allá en la llanura, *Chalchihuilt*,
repasando mis versos de pelo endrino,
penetrando en el trasmallo de mi conciencia.
Si algún día pudiera
recitarte al oído las asonancias,
colocarte un zarcillo de pleonasmos,
ni caciques, ni reyes, ni emperadores.
Mi pluma
y
mi verbo
en tus siglos de brazos aterciopelados.

Descripción

Encorvado. Ancho sombrero de paja,
tez morena y resquebrajada; aroma
a tomillo y sol; caderas de goma.
Ciñendo la cintura negra faja.

Pan con tocino y gajo de naranja,
robustecen los músculos. Asoma
en el piporro virginal paloma,
sacia sus labios; por el pecho baja

rápida y vivificante. Esgrimiendo
segur con dientes afilados, corta,
amarra, canta, sigue maldiciendo

la amarga hora. Con su mirar exhorta
a ese Dios del que le hablan; y razona:
¡Almacén de oro! ¡Gran miseria aporta!

Porque de mi boca

Porque de mi boca, aquel día
surgió la palabra eterna, quisiste
que no quedara enredada entre los pinos.
Y fui a tu casa y me acogiste incólume
con los brazos abiertos
como ramas de un roble,
me diste a beber vino del odre de la pureza.
Tu tiempo fue mi tiempo,
mis huellas se marcaron tras las huellas de tus pasos.
Mi piel sorbió el viento
que las olas del Mare Nostrum
pasaban de una a otra
hasta conseguir plegarlo en los mástiles del puerto.
Allí estaba Gaudí ,San Pablo, el Tibidabo,
el barrio Gótico y la Rambla
y las inmensas horas grabadas en un balcón
abierto al campo, donde la siringe
de la curruca vibraba cada mañana.

Aunque mi amor no traspase

Aunque mi amor no traspase
más allá de tu umbral
y de tu falda ni un pliegue
se arrugó con mi aliento,
los cipreses me indican la
constancia de Eolo y un verdecillo
se atreve a hacer nido en sus ramas.
En tu vientre dos rosas cicatrizan
la herida y una lucha marciana
mantiene en vilo el joven hombre
que engendré algún verano.
Yo no aliso los hombros que
esconden la ruborosa tiranta,
ni me pongo al volante
de tu auto gris plateado. Mojo
en la tinta mi pluma
y acomodo los versos a lo ancho del papel.
¿Arrancarán de ti un rictus
o morirán
como tantos, apolillados de horas?
En los brazos de una hornilla
fue tostándose mi voz que unté
con ansias a mi canto. Anidaron golondrinas
en el dintel de mi puerta
y marqué a diario tu número
para iluminar mi cara.
Yo no figuro en tu agenda
subrayado en amarillo, ni tu móvil
cosquillea entusiasmado a mi llamada.
Ronronean los pasillos, enfebrecidos
mientras los perros ladran.

¿Qué tendrá que duele tanto?

¿Qué tendrá que duele tanto
la distancia al horizonte?
¿Por qué mis dedos pretenden
ser raíces que buscan
la comunión con la Tierra?
Le tengo miedo al sauce
porque no derrama su verdor
en el manantial florido
donde bebo cada día,
y le tengo miedo
                a las sombras
que me envuelven en la noche
lejos de la infalible daga
que no pude traer conmigo.
Ayer queda tan lejos
que mañana
se dibuja
con un halo de misterio
que incesante me llama.
Y tiemblo
y siento que las hormigas
se apoderan de
                mis pies.
¿A qué temo?
Si soy tierra de la Tierra,
si ya la tengo hollada
de tanto pisar mis huellas,
y mi sangre está dispersa
entre quebrados olivos
donde entrelaza el mochuelo
sus acompasadas notas.
Me identifico al fin
al comprobar que allí sigue

la herida abierta
en el monte
?cicatriz de los tiempos?
cuando abro y cierro
mi ventana.

Yo quise estar cerca

Yo quise estar cerca
de tu ramo de novia,
postrarme en el banco
cóncavo de siglos,
las bóvedas dibujaban reflejos de arcoiris
descomponiendo la seda
que cubría tu cuerpo.
Vine atravesando valles y senderos,
atrás quedó el mar
?devorador de convenios?
y las puestas de Sol degustando tu nombre,
tu jefe masticaba sílabas con ese,
en tu cara se incrustan hornacinas celestes,
el espacio está lleno de notas de carduelos.
En un rincón del armario soportando
estrecheces inverna la chaqueta de botones
cruzados. Asoma un anillo, un banquete,
una fecha y un beso de mejilla
en el envés de la etiqueta.
He vuelto al mar muchas horas
a esperar teñir de rojos
el pentagrama infinito, casi apurando
las hojas con salitre de aquel verano.
Marisqueo tu nombre
estampado en el libro, perfumado
de incienso.
No me importan las fotos
de mesita de noche,
ni los prados que intercambian
verde y amarillo,
dormito en tus ojos
abrazado a tus pestañas.

Un hombre de carne y hueso

En la paz de la umbría, rectamente
va abriendo surcos de esperanza, canta.
Un cuervo grazna, la mula se espanta,
chirriantes latigazos sabiamente

median, gime. Despliega ferozmente
al aire amplio abanico, mano santa,
entierra el incipiente embrión. ¡Maldita
lucha! Ríe. Retorna pacientemente

al duro terrón deforme. Una nube
presagia tarde de tormenta, grita.
Blasfema. En mágica alfombra se sube

volando en feliz futuro. Se irrita
con la delicadeza de un querube.
Piensa en sus hijos, su mujer, tirita.

Piedra sobre piedra

Piedra sobre piedra
y piedra,
a su lado el camposanto,
ahí llegan los peregrinos
¿qué buscan?¿que ven
en esos gráciles campanarios
que durante siglos fueron
cobijo de enhiestos tordos?
Entre sus grietas, oraciones,
en su interior,
el silencio que se resbala
oscilante por columnas, por altares
y un aroma
a lirios frescos
que dejó aquella altiva mujer.
negra pizarra por fuera,
negras nubes,
negras suelas de sandalias
que amoldaron el umbral
de gruesa puerta de abeto.
Y a su lado una caja
con tintineo de monedas,
hay un olmo que compite,
que te desafía en el tiempo,
a ti te aderezan con hierros,
él a tus piedras se adereza
¿Acaso pensabas Oliba que
no habría de servir tu dote?
Una nube va y se adueña
de la pizarra vecina,
del gorrión, de los páridos,
mientras sobresale adusta
la puntiaguda figura

de la torre

en la piedra.

La Sepultura

La Sepultura
centinela de Tholos
contempla al Chanza

Poeta, poesía, poemario

¿Dónde estaréis? ?me pregunto?
yo que tanto amor os tengo.
Arriesgué y perdí en
el intento de llevaros
a buen término.
Ahora, desconsolado, suspiro
y pienso en vosotros como algo
que un día concebí, para otro día
?menos día?, desaparecer.
Tal vez la tinta que os
dio forma no era bastante
azul.
O tal vez la rima
?esa delicada rima?
no complació el gusto
exquisito de primorosas mentes.
Nada de eso justifica
el que tomásemos caminos
dispares.
Transponer ideas
mentales en blanco papel
es algo tan sublime,
que merece perdurar por
vano que sea el mensaje.
Reencuentro en azul José Rodríguez Infante 34
Ahí está la grandeza de la obra.
Luego vendrá el pulido,
necesario ¿a qué dudar?,
y al final queda la mente
cristalina
o por el contrario
llena de macizos rocosos,
de inexpugnable

acceso.
¡Lucha! ¡Entereza!
¡Ahínco!
Bravas palabras
indomables, para adoptarlas
como lema.

He visto a un pueblo fundido

He visto a un pueblo fundido
sobre los moldes de otro,
he visto un río correr
buscando el tronco de Tor,
he visto la negra piedra
dando cobijo al ladrillo
y obreros que se hablaban
en áridas lenguas lejanas.
He conocido el silencio
entre callejuelas que callaban
el bullicio de otros días,
he acariciado la lluvia
mientras adivinaba la nieve
cubrir uno a uno los tejados,
he sentido el haz en verdes
de una mata de judías
enredada por los hombros
Y a lo lejos la infinita luz
que baja, desde las tripas
de una nube.
He caminado con gente
que entra y sale del templo,
que se miran a los ojos,
que toman café sin prisa.
He saboreado cada sílaba
de tu identidad,
Taüll.
He apuntado tantos adjetivos
que ya no me queda espacio
en el hueco de mi alfabeto
para robar otro monema
que enaltezca tu existencia.

El pozo Sastre

El Pozo Sastre
enmascaró el alijo
de contrabando.

Noveles

Noveles al canto herido,
al quejumbroso lamento
de pluma-mente-papel.
Afilad bien vuestros cuchillos,
empuñad con fuerza vuestros
lápices y no desfallezcáis
nunca
ante el desesperado
ataque del dictador "no".
Compraos gruesos tapones,
aprended a leer en los
labios
y continuad rellenando
holandesas
que ya llegará
el día en que triunfe la
razón.
Entonces sonará
la
hora y podréis
demostraros a vosotros
mismos
vuestro auténtico
valor.

Hay una acequia

Hay una acequia que inunda
el verde aroma de la tarde,
unas manos que labran
el surco que se refleja,
un perro lana de armiño,
un nogal ?melena al aire?,
                y la piedra.
Piedra sobre piedra que
ha visto desfilar recias legiones,
manchar su cara de sangre,
absorber la negra pólvora,
ocultarse sin decoro
durante los meses invernales.
La tierra se abre
                y ofrece
sus dones cada estación,
en los estantes del súper
alguien se aferra
en reponer
kilómetros de patatas
                y las campanas
resuenan junto a la piedra;
sólo una pareja cruza
bajo el dintel de azucena
con su cámara en el pecho
?mapa abierto entre las manos?.
Las calabazas extienden
tentáculos verde esperanza,
los obreros arañan raudos
un centímetro, otro.
Tienen los cascos puestos,

será cruenta la batalla.
¿Cuántos niños quedarán
sin manchar de barro
sus labios?
Por fortuna queda el río
que sin que nadie lo sepa
nos trae
desde la alta montaña
ilusionantes alforjas
a lomos de blanca
espuma.

Guijarro Blanco

Guijarro Blanco
vio galopar mi jaca
corrió la zorra

Aquellos copos

Aquellos copos que antaño
fueron yugo para el buey
son hoy maná que
eleva
dos pisos más la buhardilla.
El pinsapo ya no crece
escondido en el roquedo,
ahora forma líneas
de bienvenida
en los tersos pueblos del valle.
No hay paredes
que olvidadas, esperen
su último momento.
Brilla la pizarra y forma
?como lagarto ocelado?
cuerpo escamoso en la torre
y adorno en las entradas
luminosas de extensas casas
con ventanales tan amplios
que el zorzal charlo se pierde
buscando la avellana oculta.
Huele a esencia de vidrio
mientras la leña se consume
en una urna dorada
y los esquís de espaldas
a la pared
esperan el feliz instante
del contacto con la nieve.
La cajera va cantando
en catalán, francés e inglés
con un fondo de violines dormidos
y una danza de fideos.
Calles que adornan luciérnagas

sobre robustas farolas
y sostienen arcoíris
de armoniosas plantas ornamentales.
Y el agua
que ronronea por los caños
buscando unirse al verde,
allá en la paz
del remanso.

Tu que todo lo iluminas

Astro enigmático, ferviente esfera,
hiciste sonar la lira olvidada
de múltiples poetas. Adorada
fue tu imagen. ¿Y quién no te venera?

En el amarillento suelo, en la era,
surge el grano y la paja. Descifrada
una página más, agua pasada,
de la pétrea historia verdadera.

Realizas el milagro ?divino?
de cambiar el esperanzador verde
en crujiente ocre. Gotas de sudor

chorrean. Firme casco, corte fino,
gira al trote ligero; no se pierde
detalle, expectante desde su alcor.

Corzos huidizos

Corzos huidizos
Salto de la Mujer
puente de plata

Por las Tres Fuentes
y el arroyo Marrú
saltó la liebre

Cabezo Méndez
es la insigne atalaya
que abre Los Pagos

Allí dónde el huerto florece

Allí donde el huerto florece
y la hirsuta piedra
ve pasar
bandadas de estorninos,
se encuentra la humilde
                losa
cubierta de crisantemos.
Tres cruces, cuatro
?quizás media docena?,
el viajero al cruzar
bajo el pétreo arco oxidado,
mira un instante y prosigue
su lento caminar. La parca
suave ha silbado ¿O ha sido el viento?
Hay rosas y enredaderas
y un mirlo que quiere unirse
al juego de las miradas.
Tanta gente, tan cambiante, tan diversa
y la losa siempre
                la misma,
morada verde esponjosa
compañera de la piedra.
¿Quién guardará en su memoria
aquel instante, aquella hora?
                La torre
?ventana oval en sus entrañas?
prolonga su débil sombra
hasta el centenario olmo,
urdimbre de raíces entretienen
la incierta marcha del dedal
que busca ingenuo la sonrisa
allí donde no queda
más que un halo de

esperanza.

Rivera de San Nicolau

Rivera de San Nicolau
que vas saltando entre aristas
con ansias de llegar temprano
?antes de que el Sol se ponga?
en la parsimonia del valle.
¿Te contaron alguna vez
que somos parientes cercanos?
¡Si!
Yo estoy hermanado ¿me oyes?
con la rivera del Hueznar
en San Nicolás del Puerto
y recibí su bendición
entre cortinas de cristal
¡como las tuyas!
y me prestó el diapasón
para medir una a una
la cadencia de las notas
¡como tú!
Y se brindó como testigo
de mis horas lujuriosas,
de mis cánticos de amor,
de mi tiempo y su tiempo.
Como haces tú,
que no reparas en el doblar
del cencerro,
pero que guardas
en tu orilla
el movimiento sin fin
de la cola *Alba alba*.
Como hace ella.
Tal vez no vuelva a verte
?tenemos distintas medidas?
sólo me queda el consuelo

de saber que sigues latiendo
siempre que me paro
                a contemplar
el mágico fluir
de las inquietas burbujas
del Nacimiento del Hueznar
en San Nicolás del Puerto.

Caballo blanco

Caballo blanco majestuoso, asombras
la predispuesta mente juvenil
con tu histórica leyenda. Viril,
atento escucha el relato; le nombras

solemne perpetuador. Y las sombras
de un anochecer con estrellas mil
testifican el diálogo. Infantil,
el padre quiere convencer. Alfombras

de paja usan de cama ?ideal-,
cubriéndose del galope incansable
con gruesas mantas de trapo. Y por fin,

tras amarga noche trascendental
se hizo la luz. Resultó ser domable
forma de viento tenía el rocín.

Por Piedra Hincada

Por Piedra Hincada
planeó un avefría
hasta La Pila

Valle La Cruz
huerta con higos frescos
come el rabúo

En Matadero
cabalgan los caballos
buscan las cintas

¡LLuvia!

¡Lluvia!
Lluvia desesperada
abriendo gargantas
de esperanzas,
recorriendo túneles inciertos,
clamando un oído
sensato.
¡Lluvia!
Lluvia suave,
fina y positiva hasta tu
última gota;
Preámbulo de frío
sentido sicológico.
¡Lluvia!
Lluvia caída
del cielo como verde
rama de olivo;
como blanca paloma
maltratada.
¡Lluvia!
Lluvia productora
del diluvio
en el universal
mensaje del poema;
embarrado barco
de papel navega
por
tus entrañas.
¡Lluvia!
Lluvia gris
mezclada con el
fango de la Tierra;
tú que vas y

vienes por el mundo
mira si ves
un poema
que
hable de ti.
¡Lluvia!
Lluvia imperecedera. Aunque
un poemario haya
muerto,
jamás morirá
el poeta.

Como aquella mística agua

Como aquella mística agua que brota
por oscuro laberinto rocoso,
para volver en momento dichoso
todo mi tiempo, llegas a mí. Rota

el viento de costado. Una marmota
corre a jugar con la cría del oso.
siento el roce de tu seda. Gozoso
contemplo al arrendajo, la bellota

y sus saltos en azul junto al río.
Aspiro a bocanadas tu fina piel,
te cobijas en mis brazos.¿Es frío?

¿O es la ilusionada apuesta de amor fiel
que aguardaban tu corazón y el mío,
envueltos en aroma de rosamiel?

Encina Gorda

Encina Gorda
qué fue de tu presencia
qué mal hiciste

Albahacar
piedra resbaladera
sábanas blancas

Por Rosalía
los jarales en flor
trote de burros

Lluvia II

Protagonista te hice
a ti... sí, a ti,
incolora línea,
la mitad de mi inspiración
fue para ti.
Desde siempre, desde que
en esta vida siento y
sufro,
ver caer el agua furiosa,
dando latigazos sobre el suelo
fue mi delirio.
Quince tormentas,
quince lamentos,
quince empapados poemas
llevaban el signo majestuoso
que tu sabes imprimir.
Marcaste
con cicatrices
serpenteantes
cabezos indómitos:
arrollaste bajo color
amarillento moles inverosímiles;
apaciguaste ?sensata-
la sed del fiel
campesino que no
necesitó
sacar los santos a
la calle.
¿Qué inspirado tiralíneas
se encargó
de trazarte?
¿Qué envidiable poder
confió

en tu bondad?
En una tarde
olvidada,
obsesionada en tu idea,
te llevaste
hasta confines inhóspitos
una parte
de mi vida.
Cada lágrima que
llega al suelo
me parece
desgarrada letra
huyendo
de sutil cautiverio.
¡Salten rayos vengadores!
¡Lluevan grafías oprimidas!
Mueran
ahogadas en verde
cieno
antes que permanecer
esclavas
de níveo papel
inmóvil.

¡Ahí está Vielha!

Ludwing Van Beethoven
me presta esta tarde la violina
para montar a lomos
de mi C-Max
y dejar que me trague la montaña.
Vosotros intrépidos guerreros
portadores de bastas culturas
milenarias,
vosotros conquistadores de tierras
más allá del horizonte,
vosotros no habéis tenido
la dicha de penetrar en
las fauces luminosas
del dragón
y sentiros transportados
por la máquina del tiempo.
Allí dentro se respira
la ausencia del bajo cero
o de la penitente lluvia
que pone a prueba los sentidos
y va fraguando las vértebras.
Al término del recorrido
hay muchas nubes que se adhieren
a la montura de mis gafas,
hasta que el brillo
de la pizarra
me hace gritar ¡Ahí está Vielha!
Y dejándome llevar
por una procesión
de gatos
me veo sumido al instante

en otra procesión de rotondas,
que me llevan al rumor
del agua sobre
                la piedra,
el necesario descanso
de mis doloridos tímpanos.

Atalayuela

Atalayuela
encinas centenarias
hoza el cochino

Voy a San Juan
arroyo del Barquero
mojé mis leguis

Por Matulera
la cruz del gurumelo
despierta al alba

Lebretta

No vi tus eneas al aire
?zigzagueo de carriles?
ni tus nervudas orejas
escudriñando el futuro.
Tan sólo vi
un cristal
por el que paseaba su quilla
una pareja de ánades.
Allí hay un mar infinito
de ondulaciones en verde
donde el pastor cuenta terneros
y las fornidas vacas entonan
una sinfonía de molares,
más yo no te veo
Lebretta,
ni tropiezo con las celdas
de tus inquietos bigotes.
Tu lomo no es algodón
por el que deslizo mi mano;
fina enea,
verdes juncias
y una playa de cantos rodados
se dibujan en mi mente.
Me uno al febril escapismo
de aquel martín pescador
y sólo oigo el canto
del campesino
que repite,
la voz grabada en la piedra.
Se van llenando mis poros
de fuerte aroma a resina,
de unos ojos que me inquietan,
del incesante golpeo

de miles de gotas de agua,
de la impenetrable montaña
y a ti no te veo
Lebretta,
pero presiento que estás,
porque creo en el susurro del viento
y la nívea mirada
de las nubes.

Baqueira Beret

Yo no llevaba entre mis manos
el frío manillar metálico
de los nervudos ciclistas,
ni lucía prenda alguna
de llamativos colores.
Nadie gritaba ¡arriba, arriba!
Y en cada curva
encontraba,
envuelta como regalo sorpresa,
otra curva,
con su peralte,
su tanto por ciento
y su charco de sudor.
Maillot verde, rosa, oro
¿amarillo?
Extiendo mi mano al frente
y noto la húmeda espalda
de una manta de lana
y más adelante un refugio
por el que transitan vacías
una tras otra las sillas
?procesión de cirios apagados?
y junto a ellas una leyenda:
Baqueira Beret.
Una hilera de brazos al aire,
sembrados en la cuneta,

se movían a mi voluntad
empapándose de lluvia,
hasta llegar al gran Arco
donde aguardaba la gloria
de un día de alta montaña.

Suena rítmica la guitarra
y la voz rota
                de mi tierra;
ya veo nubes y pizarra,
allá diviso mansiones
remontes de ida y vuelta,
veo las copas de los abetos
en perfecta formación.
El valle me va tragando
devolviéndome a la arena,
en la ribera del río
                y en lo alto
se asentaba Baqueira.

Ditirambo

Lanzas ardientes
queman,
desgastan,
martirizan
los resecos labios;
coartan
las palabras.

Sosegada oscuridad,
techo
de crujiente rastrojo;
me diste
tan largas
horas de calma
que a pesar
de los densos
muros de cemento
aún respiro.

Librillo de
papel blanco;
arrugadas manos
te acarician.
¿Por qué
reduces la vida
a cuatro
bocanadas humeantes?

Al Centenillo

Al Centenillo
llegan las cigüeñas
portando ramas
**
En Aguas Miel
depositó el poeta
su amada pluma
***
El Pozo Nuevo
huele a café y azúcar
de contrabando

Quedó sin pétalos la rosa

Quedó sin pétalos la rosa
?ofrecida en bandeja de plata
a mis instintos?
Miré el cielo y llovieron
espinas. Heridas abiertas
compiten con la flor, serpentean
hilillos de vida.
Murió el canal transmisor
carcelero sin llave maestra,
marchó el caballero a la guerra.
Carnes que fueron de fiesta
palidecieron, presionadas por cintos.
Mi boca, reseca por la ausencia
ya no tiene brocal, ni sabe
aguardar otra primavera.
Bebí del agua salobre
Y ahora
mendigo en la arena
un manantial donde empapar
la lengua.

Consejo a un poema

Desde el momento en que naces
una idea fija te persigue:
la letra impresa.
Te agobia, te sublima.
Eres esclavo permanente
de tan Poderosa Fuerza.
Versos indómitos con voluntad de hierro
luchan por figurar bajo dos pastas coloridas.
Y ese deseo, esas insaciables ganas
pueden resultar cruento camino.
Modera tu ímpetu -avasallador-
y espera.
Reposa tu larga espalda
sobre frío cartón o papel
y espera.
Ese día -grande, ansiado-
a veces, sin saber cuando,
amanece resplandeciente.

Desde el momento

Desde el momento
en que naces
una idea fija
te persigue:
la letra impresa.
Te agobia,
te sublima.
Eres esclavo permanente
de tan
Poderosa Fuerza.
Versos indómitos
con
voluntad
de hierro
luchan por figurar
bajo dos pastas
coloridas.
Y ese deseo,
esas insaciables
ganas
pueden resultar
cruento
camino.
Modera tu ímpetu
?avasallador?
y espera.
Reposa tu larga espalda
sobre frío cartón
o papel
y espera.
Ese día
?grande, ansiado?
a veces, sin saber cuando,

amanece resplandeciente.

No vi tu blanca mirada

No vi tu blanca mirada
esparcida por los bosques
y choperas del camino,
pero he refrescado
mis pupilas
en la orilla algodonosa
del Estany LLong y Redó,
he visto correr los ríos
con ansiosa terquedad
por las venas de Taüll,
por la entrañas de Boí,
por la columna de Durro,
por los brazos de Erill la Vall,
por la vieja y nueva Barruera,
y he visto saltar el agua
?esbelto gimnasta olímpico?
sin dominio de mi tiempo.
En cada pueblo encontré
aquel remanso de luz
donde el abuelo laborea
su penúltima cosecha,
su acequia,
su charla con los amigos
y abajo
en la frondosa pradera
por donde bisbisea el jilguero,
se oye el acompasado fluir
del agua jugando a los arabescos
con el arcoíris de la tarde.
Caldes hizo de ti
la reina del paraíso,
la sonrosada muchacha
que se muestra al visitante

en candorosos borbotones.
Tengo que asistir
                a tu boda
para sostener con mis manos
el impecable velo
que ha de cubrir
tus montañas.

Será el fragor del arroyo

Será el fragor del arroyo
o la liviana caída del otoño,
el ataque hertziano
inesquivable
o el último recodo de la calle.
El azul
que baña el cristalino,
los muros ignotos que susurran
larga epifanía de noches,
el perfume adosado al pecho
o la vibrante transparencia.
El dominio,
cuerpos de goma, gigantes
de pie de barro. Laurel
sobre emanaciones de jazmines.
El filo de una mirada
provoca borbotones de leucocitos,
accidentes gramaticales.
No se
en que manantial bebió
Aquel ?untado de pez-. Señor
de las inmaculadas sombras.
Quiero olvidar la lluvia de volcanes,
tempestad de muslos,
tormenta de labios
sed de ojos cautivos.
Sacaré el hollín de los poros
de mi piel
y dejaré que las estrellas
jueguen con mi desnudez.

Prisioneros

¿Quién habrá sido
elegido jefe?
¿Quién ostentará
el cargo de velar
por los demás?
¿Tal vez
tú?, carcomida cicatriz
-radiografía de encina-,
o quizás el vistoso
pájaro-roedor,
¡no, no!,
tú habrás quedado
para construir el túnel
de fuga.
¡Ah, ya sé!
El señor Abubilla,
con su cresta de pico
y sus bombas péptidos.
Aunque...
pensándolo bien
en la retaguardia
estarías mejor situado.
Porque
el campesino de verano
-si recupera su hoz-
constituirá
infantería de acero.
¿Y tú?
Trotador
con dientes de leche.
¿Te ves capacitado
para
mandar.

Seguramente
el regazo de tu madre
será tu puesto.
¿Y el otro campesino?
El de invierno
-rudo, fuerte-,
lo dejaremos como
muro de contención.
El negro manto
nocturno,
con sus miles de puntos
de referencia,
será mapa inequívoco.
Porque la huida
será
de noche ¿verdad senda?
¿Y tú
fino cristal?,
quedarás
para borrar las huellas.
Sólo quedas tú,
deslumbrantemente redondo.
Pero... la operación ¿no
buscará
las sombras de la noche?
¡Ah, ya lo creo que sí!
Descubrí
Tu juego, jefe-Sol,
pretendes guiar a los tuyos
-como los grandes jefes-,
desde
la oscuridad.
Difícil
empresa, más inténtala,
con los brazos abiertos
os recibiré

uno a uno
y os daré la mano
como honrosos
héroes de guerra.

Dejé que el águila

Dejé que el águila imperial
se adueñara de mis ojos,
que empapara mi retina
con el frescor de las cumbres.
Mi cuerpo
?como un autómata?
vagaría por senderos perfumados
                de azucenas;
mis pasos son leve mota
de polvo
que se desliza
por el cristalino acuoso,
rozo el borde de las píceas
con la yema de mis dedos
y me enfrento
                a la parca
con la furia del soldado
que un día habitó
este bosque,
bañado hoy por el Sol.
¿Qué soy yo si mi sombra
apenas cubre
                el hogar
de la incansable termita?
Si un ejército de abedules
me están sembrando el oído
con el Domine Jesús Christi
de Wolgang Amadeus Mozart.
Los picos de Els Encantats
se reflejan en la pupila
                del águila
?que son los míos?
mientras dejo que mis pies

?desprovistos ya de botas?
se midan con las pisadas
del grácil sarrio
                que anoche
burló la mira telescópica
que aguardaba su presencia.

Oscuridad repetida

Oscuridad repetida por la
ausencia
que transborda de galaxia.
Lujosos libros forman un muro
donde generaciones carcomidas
clavan sus uñas.
Desesperación
por míseros granos de arena,
cuerpos desnudos de maniquís
que dejan al descubierto
los vacíos interglaciares.
No es mi mundo.
Manzana primigenia reconvertida
en dulce compota
por el resorte de una muñeca.
Amor ¿dónde estás? En que jaula
de metacrilato te destinaron
que no puedo tocarte.
Mi mano
no es tu mano. Lloro tras
poseerte, busco en mis bolsillos
agujereados
y sigo ahí. No me he movido
Veo la salida. La luz de
la salvación,
pero el lodo me está tragando,
se acabarán los granos de arena,
y quedaré pegado en el álbum
con el gesto descolorido

He recorrido

He recorrido vuestras calles
sin que mis ojos
captasen
la limpia mirada de un niño,
prendida en la noble piedra.
He buscado sin hallarlo
la huella del pregonero
confundiéndose
en ventanas de arabescos cerrojos.
He paseado mi mochila
a lomos de un perro-guía
aburrido de ladrar
las ocurrencias
del mirlo.
Nadie corre, nadie grita,
nadie abre sus balcones
para dejar que penetre
un tímido rayo de luz.
Allá
junto a la románica piedra
se postra la lápida callada,
mientras que las vacas
?de ojos como volcanes?
lengüetean los geranios prendidos
en los parterres,
madera sobre madera.
El viento baja y sube las cuestas
sin pararse en los portales,
sin dejar impresa la charla
robada tras de una esquina.
Los tejados
?piel negra de lagarto?
se reproducen sin fin

pariendo brillantes buhardillas
e ilustradas chimeneas
y el río canta
¡este si!
El río le canta a los dones
que la alta cumbre llevó,
y un buen día
cobijó generosa en su seno.

Hubo un ilustre

Hubo un ilustre carbonero alpino
que quiso dejar sus mágicas notas
?gorjeo de plumífero que flotas
de rama en rama?. Con un matutino

despertarnos de piel con piel. Inclino
mis labios sobre tus senos y explotas
de júbilo contenido. Bellotas
negras se enredan en tu pelo. Vino

dulce que embriaga tu febril sonrisa
que anuncia el día. Voy contemplando
tu leve despertar. Sin darse prisa

una horda de nubes va navegando
sobre fondo gris celeste. Divisa
el ave tus ojos. Sigue cantando

Dicen de tí

Dicen de ti que eres roca
metamórfica
pero te llaman pizarra,
y enseguida siento que aspiro
?vendaval de humo blanco?
de un sorbo, tarde de rizos
y golpeteos de palmeta.
Ahora ya sé que trazas
líneas quebradas en azul opaco
en la falda montañosa
y te llevas bien con el níveo
transitar errante de las nubes.
¡Cuántas veces fui el héroe
que derrotó en el Albahacar
al fiero guerrero del país
de las Tamujas!
Y cuantas veces grabé
?código de barras prehistórico?
en tu piel el nombre de la
Princesa.
Te veo insigne dominar
sin acritud alguna todo el valle
y te veo aferrada
a la pedrera ?ruborosa?
jugando al pollito inglés
con una legión de infantes.
En mi lento deambular
entre robustos abetos,
tras los que esconde
el armiño
unos radares peludos,
voy descubriendo la roca,
ora en inmensos canchales

ora formando la base
de un prisma cuadrangular
y una bóveda de cañón
devoradora de siglos.

Hay un Reino

Hay un Reino que subyace
en las penumbras del bosque,
donde fieros soldados custodian
las embestidas de la luz.
Madre quiero ser soldado
de ese Reino que no habito
?en la negritud del bosque?,
quiero cerrar con mis patas
la última línea luminosa
que me separa del mundo,
quiero entrar en el seno
de ese minúsculo instante
para llevar con orgullo
prendida al casco mis antenas.
y quiero ser fiel vigía
de aquellas hermanas obreras
que se adentran en el confín
de otros reinos enemigos.
Madre no abras la puerta
que no quiero traspasar,
déjame que me presente
con mi piel recién estrenada;
ella ?la Reina? me está esperando
¡ya sabe de mis deseos!
No temo al pico del pinzón
ni a las agujas del pino;
en estas fútiles paredes,
he formado el armazón
con el que conquistaré la gloria
y la sumisión del tiempo.
Tan dentro estoy ya en mí
que no necesito el suelo
para sustentar si quiera

por un momento mi tibia.
Madre quiero ser leal partícipe
del cambio brusco,
de la conversión inevitable
en tierra de la propia Tierra.

¡Sraac-sraac!

¡Sraaac-sraaac!
Se rompe en lánguido el silencio
y mi silueta levita
su rosado pardo en la tarde.
Desde una escamosa rama
donde el vigía clava sus uñas,
se lanzan cloqueos en coro
¡Scraaac-scraaac!
Y de nuevo el silencio,
tan sólo el límpido abeto
parece susurrar al oído
el canto del cuculí.
El sendero coquetea
?pobre iluso?
con Estany Gran del Pesso
y vuelve a rasgarse el aire
¡Scraaac-scraaac!
Y eleva el coro sus voces.
Confundo el azul
y el negro,
el blanco van tan de prisa
que parece piña de nieve
descolgada en un aletazo.
En la yema de mis dedos
se acumulan finas agujas
y el algodón
con fondo perlado en gris
se refleja en el cristal
de aquel estanque perdido.
¡Scraaac-scraaac!
Ahora descubro tus alas
y las eréctiles plumas
?listadas en blanco y negro?

de tu graciosa corona.
Siento que un calor invade
sin remisión mis mejillas
y por fin mis labios repiten
una a una tus toscas notas:
¡Scraaac-scraaac!

Yo he visto

Yo he visto sobre la tarde gris
una plaza pintada en piedra
y a dos palomas pico con pico
mostrar impávidas su amor.
Aires lombardos
se mezclan con la pizarra
que anuncia el menú del día.
No hay voces,
nadie corre por las calles,
ni rechinar de herraduras,
ni ventanas que transpiren
la fogosidad incontenible
del carrusel deportivo.
Llegué a ti
                Erill la Vall
tras ascender desde el valle
por una sierpes de verdes
?ausente aún la pureza?
atraído por la torre
y un golpeo de badajos
que se tragaba como herida
la inquebrantable y muda montaña.
Guardé una hoja de tilo
entre otras páginas perdidas
de un abanico de árboles,
mientras Carl Orff
                interpretaba
Cour dÄmours
para dúo
que busca en la mirada
el tiempo que se transmuta
cruel
?como sangrante palabra?.

Unos lirios
plasmados en tus mejillas
me devuelven a la piedra,
a Santa Eulalia,
a la cabecera tremolada
de unos absidales abiertos.
Y continua la tarde.

Suenan los chanclas

Suenan los chanclas mientras galopamos
con el ford, por las colinas de Irán.
Dos mastines apostados. ¿Tendrán
licencia para atacar? Recelamos
de nosotros mismos. Desconocemos
su nobleza y si nos llevarán
hasta el balcón del valle. Mirarán
el ríu Noguera de Tor. Nos besamos
con la pasión de unos adolescentes
que aman ese último rincón del mundo
para disfrutar sin más ?inconscientes?
de ese momento, de ese olor profundo
a estío casi otoñal. Como dementes
saltamos. Ya no me siento errabundo.